

En torno a las drogas

JULIO ALMEIDA

Si no yerran mis cálculos, la educación verdaderamente general de los niños españoles data de los primeros gobiernos democráticos. Con varios decenios de retraso, hacia 1980 se completaba por fin el claro mandato de la Ilustración (que había sido viejo deseo platónico) de que los niños todos fueran a la escuela. Quedaba atrás el raro entusiasmo, espontáneo o aprendido, de unos cuantos aficionados al estudio: la mitad de la población en una escuela breve, una pequeña parte de ellos en un bachillerato tan infatuado como inalcanzable, aún menos especímenes en la universidad. Lo mismo había sucedido en los otros países, sí, pero ellos fueron antes y más despacio. En España, desde 1980, cohortes casi

enteras empiezan a invadir territorios que parecían destinados a las élites, por lo pronto la escuela elemental. Si en otros países llegan hoy a la universidad hijos de quienes han hecho bachillerato o, al menos, la primaria, aquí surgen universitarios en hogares iletrados. Es decir, la primera enseñanza se “cierra” con tanto retraso que parece mentira. Acto continuo, la enseñanza media deja de ser el cuidadoso jardincito de Telema para niños afortunados (que estudiábamos como si la vida nos fuera en ello) y se dilata para dar cabida a muchachos y muchachas tan numerosos que la cantidad se convierte en calidad, en otro género. Adiós a la tradicional circunspección, que es para Nietzsche la virtud de las virtudes.

El espectáculo está a la vista de quien quiera mirar. Muchos profesores, especialmente los de enseñanza secundaria, se hallan desmoralizados, a su modo presionados ante unos alumnos nada circunspectos y poco amigos del estudio y unos padres apenas conscientes del ejercicio de sus derechos y deberes como tales. Que los chicos se emborrachen y se droguen en cantidad creciente, no debería sorprender tanto.

De un lado, los escolares se encuentran con asignaturas excesivas, con horarios exagerados; de otro, no suelen disponer en casa de habitación tranquila, acaso ni siquiera de conversación y de consejo. Se habla mucho ahora de la transmisión de los valores, pero acontece por lo visto que no pocos padres, como apenas hablan con sus hijos, los han descontrolado y hasta los temen. Estorban en casa, sobre todo en vacaciones, en esa mínima casa-dormitorio que nos hemos inventado, y los muchachos viven fuera casi todo el día, incluso parte de la noche, guiando su conducta por sus grupos de iguales.

Inhibida la autoridad de padres y madres, desestimado el viejo poder espiritual del sacerdote y aun el nuevo de unos maestros y profesores organizados sin dirección clara y estable, cuando nuestros adolescentes quieren hacerse mayores no hallan cosa mejor que escaparse con sus iguales, agrupados en bares y discotecas que no abundan por casualidad, sino por la necesidad estricta de llenar el vacío. El alcohol y el ruido hacen el resto.

Pero si la desmoralización que afecta a tantos profesores y a tantos padres es cierta, hay que preocuparse. Porque la moral, como Ortega enseñó para siempre, no es un añadido ornamental puesto a la vida de un hombre o de un pueblo. Para comprender el vocablo "moral" no hay que contraponerlo a "inmoral", agrega el filósofo, sino al sentido que adquiere cuando de

alguien se dice que está *desmoralizado*. "Entonces se advierte que la moral no es una *performance* suplementaria y lujosa que el hombre añade a su ser para obtener un premio, sino que es el ser mismo del hombre cuando está en su propio quicio y vital eficiencia. Un hombre desmoralizado es simplemente un hombre que no está en posesión de sí mismo, que está fuera de su radical autenticidad y por ello no vive su vida y por ello no crea, ni fecunda ni hinche su destino". ¿Qué podemos añadir a tan claras y tremendas palabras?

Hay que preocuparse, porque la desmoralización, como todo, se contagia. El hombre desmoralizado va por ahí contaminando su pesadumbre y empeorando la situación. Alta por definición, la moral, que también se contagia, es requisito indispensable para ir por la vida con algún decoro. No se equivocaba el general Eisenhower al afirmar que la moral es el factor más importante para el triunfo en la guerra. Y muy particularmente en la paz. Con la moral de tantos profesores por los suelos, ante muchachos y progenitores envalentonados en su ignorancia; con una legislación *democrática* que permite a los menos atropellar a los más, las cosas pueden ir a peor. Hay que coordinar estrategias para que la educación de los niños y de los jóvenes, fin último de todos, sea una realidad. (Entre paréntesis. Nunca he podido comprender el mutismo y la inacción de padres sensatos e innumerables ante los abusos de algún que otro grupito supuestamente representativo. ¿No ven que están dejando torpedear la nave común?).

Durante mucho tiempo se creyó que la letra entra con sangre. Pero algunos, como Tirso de Molina, sabían que también es posible enseñar deleitando. El problema consiste en saber combinar la disciplina con el deleite. Profesores hay que parecen haber hecho voto de aburrimiento. Frente a ellos, otros oyeron

hablar de la educación antiautoritaria y dejan hacer y (como los aburridos) dejan vírgenes a los infantes, que crecen sin sentir nada en lo profundo. La imposición autoritaria, el necio *porque yo lo digo*, no va con estos tiempos, quizá con ninguno, y el maestro, desde el primer día, debería saber mandar. Pero mandar, otra vez Ortega, “no es simplemente convencer ni simplemente obligar, sino una exquisita mixtura de ambas cosas”. Es decir: “La sugestión moral y la imposición material van íntimamente fundidas en todo acto de imperar”.

Maestros y profesores todos se pasan el día mandando, esto es, imponiendo preceptos, encargando misiones, encomendando y recomendando cosas. Como muchos menores se muestran reacios a obedecer (verbo que ya nadie conjuga), hay que entreverar casi a cada paso el fundamento de la cosa, la razón de la orden, el motivo y la finalidad de cuanto se va haciendo. Y esto fatiga, desde luego, pero con la mayoría de los escolares no hay otro camino. El camino de rosas lo proporcionan unos pocos estudiantes entusiastas. La desmoralización desmoraliza y el círculo vicioso se cierra. La moral elevada se contagia y puede crear un tenaz círculo virtuoso. Todo depende.

A mi modo de ver, la creciente costumbre de emborracharse y drogarse que vemos en tantos jóvenes, resulta relativamente lógica. Obsérvese con objetividad la escuálida Feria del Libro de Córdoba, por ejemplo, el año pasado quitada de en medio en el abril esplendoroso y desplazada a noviembre, que es el mes más sombrío; y véase a continuación el éxito fulgurante de una cata de vinos que atrae a los adultos como si el resto del año sufrieran bajo los rigores de una ley seca. (En otras provincias, las Ferias del Libro han corrido parejo maltrato). Se quiera o no, los mayores son modelos de los menores, y aquí el vino parece un dios, pero el año entero. Se confirma de alguna manera aquella humorada de Julio Cerón: “No va el varón

español a su tertulia como cuando, de niño, le acogían los brazos de su madre, sino como cuando, de espermatozoide, corrió aquella noche a refugiarse en el útero materno”.

Quiero decir que el alcohol excesivo y las drogas ocupan el lugar que en gente normal ocupan el trabajo, la lectura, la música, el coleccionismo, cualquier *hobby* u honrado esparcimiento. Lo expresó muy bien Baudelaire, pero lo sabemos todos. Para no sentir el fardo del tiempo que rompe los hombros y nos inclina hacia la tierra, hay que emborracharse sin tregua. “¿De qué? De vino, de poesía o de virtud, como preferáis. ¡Pero embriagaros!” Esa es la cuestión.

Si nos aplicamos al caso español y vamos por partes, llama por lo pronto la atención el horario de las guarderías, que es de los más largos del mundo. Después, como la educación infantil se generaliza pero a lo grande, resulta que cuando ingresan en el primer curso obligatorio ya tienen dos o tres años de mili, como se dice ahora, cuando desaparece el servicio militar obligatorio. Mientras tanto, el cabeza de familia huye a su tertulia constante y sólo convive con sus hijos un ratito cada día; diecisiete minutos en España, han calculado algunos.

Luego está la televisión, que parece haberse hecho obligatoria. Los españoles estamos casi a la cabeza de su consumo en la Unión Europea con tres horas y media diarias, y los andaluces van delante con más de cuatro. Ante la pantalla el niño sigue fuera de casa a su modo, sigue ido. Y aún habría que añadir el tiempo televisivo del bar, del autobús, del tren. El resultado, como se sabe o debería saberse, es la alteración perpetua. Le Corbusier definió la casa como una máquina de residir, pero eso será en otras latitudes. Aquí vige poderosa la obsesión centrífuga. Y como la socialización empieza en la más temprana infancia, cabe inferir que todo se recomienza en la guardería. La conclusión, lo

que va concluyendo, está a la vista. No hace mucho, jóvenes andaluces consideraban que *en ninguna parte se está como fuera de casa*. La cosa es tan estupefaciente como incuestionable y yo lo vengo señalando desde hace años: los españoles viven expulsados del hogar desde niños; la mayoría, se entiende, y los resultados escolares lo acusan sobradamente. La máquina de residir sólo funciona cuando televisan partidos de fútbol, con lo que los bares más numerosos del mundo se quedan solos. Y como la calle no es lo que fue durante siglos, ¿qué se impone? Si padres y maestros no proporcionan pautas (nombre en desuso), los jovencitos las buscarán en otro sitio. La anomalía es incómoda.

Y así podemos responder, insuficientemente desde luego, a Julián Marías, que se pregunta, en su libro sobre la felicidad, por qué los jóvenes tienen que estar todo el día en el bar, bebiendo y drogándose. Yo creo que han aprendido a fondo el arte de irse. Desde niños se les ha impedido estar solos, y ese saber estar consigo mismo, que los otros europeos dominan casi desde que nacen, es ignorado al sur del Pirineo, al sur de Despeñaperros se ve más claro, ignorado por completo. Al sur dominamos la sabiduría contraria: el arte de comunicar lo que sea, aunque no pegue ni tengamos gana, el arte de vagar y divagar incansablemente.

La vida humana, así la breve y peligrosa del hombre paleolítico como la nuestra, más larga y asegurada y menos trabajosa, se nos da vacía y hay que llenarla. Hay quien sabe ocuparla con imaginación, como hay quien tiene buen gusto para llenar una casa; pero quien no aprenda a amueblar el cerebro (como dicen en Francia) lo llenará de cachivaches y de lugares comunes; quien no disfrute oyendo música clásica o leyendo un buen libro, se conformará con el ruido y la cháchara. Hay quienes, a falta de poesía o de virtud, comulgan con la litrona,

como si se ahogaran bebiendo de su vaso; comulgan con la baba ajena, quizá porque no recibieron leche bastante de su madre; comulgan (séame permitida la comparación) como sus padres y mayores en el altar de la iglesia.

No exagero. Hablando de la vida en las galeras del siglo XVI, que no había cambiado mucho desde la Antigüedad, el doctor Marañón, tan inteligente para las cosas humanas, constata que la medicina pocos remedios tenía entonces para asistir a la dura vida de los galeotes. “Pero, en cambio, en aquella humanidad exultante había una droga de todopoderosa virtud, que compensaba la fatiga y el dolor, que nutría más que los manjares excelentes, que emborrachaba como el vino, que anestesiaba como hoy pudieran hacerlo el cloroformo y la morfina: y era la fe”. Para el médico e historiador, el cénit se alcanzó en la batalla de Lepanto.

Habría que preguntarse en qué creen nuestros aparentemente descreídos adolescentes, porque alguna droga habrá siempre: la lectura inocente, el mágico cine, el esforzado deporte, la callada o estruendosa música; como fondo, la creencia en el más allá o en el más acá.

Es buen eslogan el que se ha inventado el Gobierno para prevenir el consumo de drogas: *Dialoga con tu hijo*. Hablando, no siempre se entiende la gente, pero se abre su posibilidad. Por lo demás, yo aconsejo a mis alumnos que hablen más con sus padres y con sus abuelos, con los mayores en edad, saber y gobierno, como se decía antes. Además de hacer una obra de caridad, mejorarán su lenguaje y acaso conjurarán ese peligro de autorreferencia que padecen; el alimento espiritual también debe ser variado. Sin necesidad de drogas estúpidas, cuando llegue su hora tendrán criterios para obedecerse a sí mismos, que es lo más difícil.